



*“Dios no hace nada sin
un fin determinado y plausible”
Madre Alberta*

Sant Cugat del Vallès, 21 de abril de 2016

Queridas hermanas y miembros de MFA:

Nos acercamos a otro de los grandes días de nuestra Fundadora y, por tanto, de nuestra gran familia de la Pureza. Es el día del gran **SÍ** de Madre Alberta. Muchos otros síes se repetirían a lo largo de la historia que le tocaría vivir. No era el primero que le daba a Dios pero, sin duda, era uno importante.

El día 23 de abril de 1870, Madre Alberta, con paso firme y decidido, atraviesa el portón del viejo caserón de Can Clapers en Palma de Mallorca. Unas maestras ancianas abren esta puerta y, a través de ellas, la abre el Señor. La Madre sabía bien que se le habían cerrado muchas puertas en su vida: su sueño de un matrimonio largo y feliz, disfrutar compartiendo la tarea de la educación con su marido, su deseo de tener una familia biológica y disfrutar de los hijos, gozar con la educación de las alumnas de su propio colegio. Sabe que no va a ser fácil la tarea que le han encomendado de levantar un colegio en ruinas y con mala fama. Y podríamos preguntarnos: ¿Qué le movió a dejar su colegio, lleno de vida, por el que le encomendaba el Obispo? ¿Qué fue tan fuerte en su vida para hacerle tomar esta decisión? Nos hubiera gustado que ella misma nos lo hubiera dejado por escrito.

Reflexionando sobre su trayectoria, podemos intuir que se había abandonado en las manos de Dios. Su entrada en la Pureza es un hecho que nos demuestra su confianza ilimitada en el Señor. Deja a sus padres y a su hijo. Está informada de que han fracasado en el intento de salvar el colegio las Religiosas del Sagrado Corazón, que permanecen en él 18 meses; de que han sido llamadas las religiosas de la Compañía de María, de la Sagrada Familia de Loreto y de Jesús María, y que todas responden negativamente por creer que no podrían sacar el colegio adelante (cf. Juan, M. (1986) *Una insigne balear*, Palma de Mallorca, tomo I, p. 37 ss.).

Ve que no hay dinero, que el colegio tiene mala fama, que las maestras que están allí son ancianas. Sus amigos se lo desaconsejan. Pero ella atraviesa la puerta del Caserón de la Pureza con todo en contra. **Todo, menos su confianza en Dios.**

Mujer de oración, habituada a discernir y a buscar el camino que más conduce al querer del Señor, supo reconocer su voluntad en las mediaciones humanas: descubre en la petición de un Obispo la llamada de Dios. Acometió esta gran empresa porque se sentía sostenida por Él, nada le impidió trabajar y luchar con todas sus fuerzas.



Conocemos, porque ella misma lo cuenta, las impresiones de la primera noche en el Colegio de la Pureza y las tareas sencillas por las que tiene que empezar. Iba para ser la Rectora pero comienza barriendo y quitando telarañas; y es que las personas verdaderamente santas no temen abajarse, mejor dicho, se encuentran ahí siempre. Fue el lugar de Jesús y debe ser el de las personas que queremos seguirle.

¡Qué bien la describe la crónica de Santa Cruz! : *“Era mujer santa y sabia, de corazón grande, abierto de par en par a cuantos acudían a ella en busca de consuelo. Todas la queríamos con el amor filial que jamás se borra”*. (Crónica Comunidad de Santa Cruz, 22-12-1922).

Hermanas y miembros de MFA, no hacía ni un mes de la muerte de la Madre y ya la comunidad de Santa Cruz la invoca y obtiene la gracia que pedía:

“La Rvdma. Madre nos propone empezar hoy una novenita pidiendo a nuestra inolvidable Madre Giménez interceda ante la Virgen para lograr la venta del solar” (id. 09-01-1923). *“La Rvdma. Madre firma hoy la escritura de venta del solar, precisamente el mismo día de terminar la novenita a M. Giménez. Cumple desde el cielo la promesa que hizo a la Rvdma. Madre al despedirse de ella asegurándole que cuidaría desde allí del Instituto”* (id. 18-01-1923).

Dos años más tarde, en la misma crónica, se nos explica que junto a la primera piedra del actual Colegio se colocó también un tubo de zinc que contenía *“medallas de la Virgen, San José y Pío X, Corazón de Jesús, La Milagrosa, Sta. Ana, Bta. Teresita del Niño Jesús y **retrato de la Rdma. M. Giménez**”* (id. 21-12-1924). El hecho de que se elija el día del segundo aniversario de la muerte de Madre Alberta y se añada su foto a la primera piedra del colegio, nos da entender que las hermanas ya confiaban en su intercesión y sabían que con ella los cimientos de esta obra estaban asegurados.

Al igual que nuestras primeras hermanas, pongamos mucho empeño en invocarla, en conocerla más y en darla a conocer. Tal como se propuso en el Capítulo XXVI, queremos que en *Mater Purissima* aparezca una sección divulgativa sobre Madre Alberta para promover su beatificación. Os pedimos vuestra colaboración comunicando las gracias recibidas por su intercesión y animando a que las personas que se relacionan con nosotros también lo hagan.

La espiritualidad de la Madre es muy actual y es asequible a todos, vivió la vida cotidiana como un encuentro con Dios. Sabía muy bien que la experiencia de Dios se produce a través de lo cotidiano y que es una experiencia encarnada. Dios está en la cocina, en la naturaleza, en el eclipse de sol, en el dolor, en las dificultades que le supuso la dirección de la Normal de Maestras, en el contratiempo menos esperado, en el servicio más sencillo, en la niña que pide un consejo, en la hermana que la necesita, en las cartas que escribe y que recibe, en la comunidad, en la mesa donde se comparte el pan cotidiano y especialmente en la mesa de la Eucaristía. Ahí, en la rutina de todos los días, se manifiesta el Señor. En lo pequeño



e insignificante, en aquello que no consideramos tan valioso ni trascendente, ella sabe descubrir a Dios. Y anima a actuar de ese modo: *“Hacer caso de las cosas pequeñas, no mirar nada con indiferencia por insignificante que parezca, pensando que quien no hace caso de las cosas pequeñas pronto cae en la relajación”* (*Ejercicios Espirituales, 1887*) y, en otro momento, nos dice: *“Veré en todas las cosas a Dios”* (*Ejercicios Espirituales, 1881*).

La H. Julia escribe bellamente que *“sus escritos espirituales testimonian que su experiencia de Dios se nutre del acontecer ordinario. Lo cotidiano es el ámbito del diálogo de Alberta con Dios. En ese diálogo se va personalizando su fe en Él. Así lo manifiestan los posesivos que utiliza para dirigirse a Él: “Mi dulce Salvador”, “mi Jesús”, “mi Capitán Jesús”, “Dueño mío”.* (Violero, J. (2015), *Contemplativos en la acción*, Palma de Mallorca, pp. 75-76).

La fe y la confianza absoluta en Dios fueron el hilo conductor de la vida de Madre Alberta. Eso le hacía ver a Dios en todas las cosas. ¿Por qué no ha de serlo en la nuestra? Sólo se hará posible si, en medio de tanta actividad, sabemos dedicar un tiempo exclusivo para el Señor.

Las hermanas que convivieron con ella le oían decir: *“Fue Dios quien me llevó a la Pureza”* (cf. Juan, M. (1986) *Una insigne balear*, Palma de Mallorca, tomo I, p. 242). Y esto mismo lo podemos decir cada uno de nosotros.

La cronista de Santa Cruz recogió el testimonio de la promesa de Madre Alberta que desde el Cielo cuidaría de nuestro Instituto. Con la seguridad de que lo sigue haciendo, le confiamos nuestras vidas y nuestras obras.

Que la Virgen, a quien imitó Madre Alberta en su Sí a los planes de Dios, siga ayudándonos a ser fieles y a vivir confiados en el Dios Bueno y Misericordioso.

Un fuerte abrazo y feliz día a todos,



H. Emilia González García
Superiora General